

INTRODUCCIÓN

Cuando a comienzos de agosto de 1914 estalló «la Gran Guerra», Europa no había conocido ningún conflicto general desde el fin de las guerras napoleónicas. ¿Por qué después de un siglo todas las grandes potencias se vieron de nuevo envueltas en una lucha «total»? Las circunstancias de una crisis diplomática —la de julio de 1914— no bastan para explicarla. Ante todo, es necesario tener en cuenta el estado de las relaciones internacionales en el curso de los diez años precedentes. Entre 1904 y 1914, en cuatro ocasiones, Europa había visto surgir la amenaza de una guerra general: en 1905-1906, con ocasión de las iniciativas tomadas por Alemania para dificultar la expansión francesa en Marruecos; en febrero-marzo de 1909, a consecuencia de la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría; en julio-agosto de 1911, con ocasión de la nueva crisis marroquí provocada por la política alemana; y en 1912-13, durante las dos guerras balcánicas, las cuales habían enfrentado peligrosamente los intereses de Rusia y de Austria-Hungría. Salvo en 1907 y en 1910, la paz había estado vacilando constantemente.

¿Cuáles eran las causas profundas de esta precariedad? Por una parte, las vigorosas manifestaciones del sentimiento nacional, bajo la forma de los movimientos protestatarios de las «minorías nacionales», o bien de los nacionalismos expansionistas de los grandes Estados; por otra, la rivalidad de los intereses económicos y financieros.

Estas corrientes del sentimiento nacional y estos intereses materiales habían contribuido, al mismo tiempo que las crisis políticas, a formar las mentalidades.

Mentalidad de los jefes de Estado o de gobierno: pensaban que esta guerra general, cuatro veces amenazadora, no tardaría en estallar. Unos la creían probable y otros necesaria (Guillermo II empleó esta palabra en una entrevista con el rey de Bélgica en noviembre de 1913). Tenían tendencia a razonar y a obrar como si la corriente fuera invencible. La mayor preocupación de cada uno era, pues, reforzar sus alianzas en interés de su seguridad.

Mentalidad de los estados mayores: tenían el deber de poner su ejército y su flota en posición de afrontar esta guerra; por lo tanto, querían aumentar los recursos en material y acrecentar los efectivos del tiempo de paz para reducir el plazo necesario a la movilización. La carrera de armamento terrestre entre Alemania, Francia y Rusia, y de armamento naval entre Alemania y Gran Bretaña, había sido la consecuencia de la tensión diplomática, pero también había contribuido a agravarla, pues los gobiernos, para hacer aceptar los nuevos impuestos militares, habían sido inducidos a hacer vibrar la «cuerda» nacionalista. En esta carrera de armamentos, el que poseía una superioridad y que sabía que esta ventaja sería tan sólo momentánea, estaba tentado de aprovecharla. Este era el estado de ánimo del estado mayor general alemán en 1913.

Mentalidad de los pueblos: prestaban más atención a la propaganda nacionalista que a los llamamientos pacifistas; después de estas alarmas repetidas, iban a experimentar una resignación fatalista ante la perspectiva de la guerra; ciertos medios pensaban incluso que, para escapar de la tensión nerviosa, sería mejor «ponerle fin». Después de un largo período de paz —aunque una paz un tanto inquieta—, estos pueblos no se daban cuenta de lo que iba a significar la llamada a las armas.

Era una atmósfera favorable para la explosión de un conflicto. No obstante, ¿parecía inminente esta guerra? Ciertamente, no. En los primeros meses de 1914, la «tensión» en las relaciones internacionales era menor que durante el año precedente. El embajador de Francia en Berlín escribía, el 12 de junio: «Estoy lejos de imaginar que en este momento haya en el aire algo que represente una amenaza para nosotros; todo lo contrario».

Pero, quince días más tarde, el asesinato por un bosnio del archiduque heredero de Austria-Hungría, Francisco Fernando, en Sarajevo —por consiguiente, un individuo austríaco, pero serbio por el sentimiento nacional—, abre la crisis internacional que conducirá a la guerra europea. El gobierno austrohúngaro reprocha al gobierno serbio una «complicidad indirecta» en el atentado, pues las armas del asesino provenían

de los arsenales de Belgrado; envía un ultimátum a Serbia después de tres semanas de reflexión, en el que pide, entre otras condiciones, la participación de agentes de la policía austriaca en la investigación emprendida en Belgrado para encontrar a los cómplices del atentado; cuando el gobierno serbio rechazó esta cláusula, Austria-Hungría le declaró la guerra (28 de julio).

La guerra austro-serbia provocó un conflicto austro-ruso: el gobierno del zar había anunciado, el 24 de julio, que no dejaría «aplastar a Serbia»; ante la noticia del bombardeo de Belgrado, decretó una movilización parcial, dirigida sólo contra Austria-Hungría (29 de julio); pero, como fuese que Alemania, aliada de Austria-Hungría desde hacía 35 años, declarara que no toleraría «la continuación de las medidas militares rusas», el zar promulgó, al día siguiente, la orden de movilización general (30 de julio).

Entonces, el conflicto austro-ruso se convierte en europeo. Alemania proclama el estado de «peligro de guerra» y el 31 de julio dirige un ultimátum a Rusia para exigir la retirada de las medidas de movilización; al mismo tiempo, pide a Francia, aliada de Rusia desde hacía 22 años, la promesa de permanecer neutral en una guerra germano-rusa. El gobierno francés rehúsa dar esta promesa, y decide, al mismo tiempo que el gobierno alemán, la movilización general. El 10 de agosto, por la noche, Alemania declara la guerra a Rusia. El 2 de agosto intima a Bélgica, a pesar del estatuto internacional de neutralidad que la protege, para que dé paso a sus ejércitos. El día 3 envía la declaración de guerra a Francia. Por la violación de la neutralidad belga, Gran Bretaña decide entrar en la guerra al lado de Francia y Rusia, mientras que Italia, aunque desde 1882 es aliada de Austria-Hungría y de Alemania, declara su neutralidad.

¿Por qué esta crisis no pudo ser solucionada por vía diplomática? El gobierno austrohúngaro quiso aprovechar la ocasión que le ofrecía el atentado de Sarajevo para destroz por la fuerza el movimiento nacional serbio. El gobierno ruso no consiente que Serbia sea aplastada, puesto que Austria-Hungría habría adquirido una situación preponderante en toda el área balcánica, la cual, desde hacía casi un siglo, era el teatro de una lucha de influencia entre los dos imperios. Alemania y Francia creyeron que la conservación de sus alianzas era indispensable. Gran Bretaña fue consciente de que sus intereses generales le pedían cerrar el camino a una hegemonía alemana sobre el continente.

En esta crisis de julio de 1914, ni los movimientos de opinión, ni la presión de los intereses económicos, llevarían a los gobiernos hacia la guerra; sólo las preocupaciones de seguridad, de potencia o de prestigio orientaron las decisiones. Ciertamente, ninguno de estos gobiernos había premeditado la guerra general. Pero Austria-Hungría y Alemania habían establecido un plan de acción de fuerza que, en una Europa inquieta, comportaba el riesgo de un gran conflicto; ellas fueron las que rehusaron toda solución diplomática; también fueron ellas las que, cuando se afirmó la resistencia de Rusia, prefirieron la guerra general antes que abandonar su plan.

